Presa

Ileana Pino Pinzón

Image not found.

Capítulo 1

Presa.

Me bajé del auto con una gran sonrisa en el rostro, podía ver el brillo de la luz del sol haciendo todo resplandecer: las ventanas, el techo y hasta las hojas de los árboles de mi bella nueva casa. Varios niños pasaron por el andén, riendo felices, sonreí una vez más.

Los amables hombres que llevaron todas las cajas dentro me miraban de reojo, me quedé sentada en el encantador porche fingiendo no notar la manera en la que sus ojos se posaban en mi cuando podían, y eso que el gran sombrero cubría parte de mi rostro.

—Es preciosa —murmuró uno.

—Y aún soltera, parece una grosería —le respondió su compañero dirigiéndome una mirada un poco pasada de tono.
Me miré con disimulo, el vestido azul claro no era tan ceñido, mis zapatos no eran muy altos ya que yo si lo era. Suspiré, no era la primera vez que tenía que lidiar con comentarios como esos, y al parecer no sería la última.

Una vez se fueron me cambié a algo mas cómodo, un overall manchado de pintura beige, había pintado la casa yo misma hacía un par de noches, aún olía la pintura. Organicé casi toda la casa para casi el final de la tarde. Era una bella casita amarilla de cerca blanca, el sueño americano, bueno exceptuando el marido que no conseguiría y los niños que no podía tener.

Me di una ducha y me puse un bonito vestido amarillo con un moño en la espalda, organicé mi largo pelo castaño en una coleta ondeante y salí al columpio en el porche a disfrutar del atardecer y sus ricos colores y aromas.

A los pocos minutos una pareja se acercaba por mi camino, ladee la cabeza con una sonrisa. El hombre de pelo negro y ojos azul frío me miró también, su mujer de unos treinta y pocos, rubia y muy bonita husmeaba la casa.

—Buenas noches —empezó el hombre—. Mi nombre es William, esta es mi

esposa Madeleine, ¿Y usted es?

—Jane Glass —respondí.

—Bienvenida a la comunidad —dijo estirando su mano hacia mi.

Me levanté y tomé su mano.

—Gracias —dije, Madeleine me entregó un provocativo pastel de moras, la boca se me hizo agua, inhalé profundamente.

—Vaya, huele delicioso —exclamé, ella sonrió, una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Gracias —dijo con voz de ratón.

—Sabe aún mejor, mi querida esposa es una excelente cocinera —dijo él poniendo un brazo en sus finos hombros. Me miró de los pies a la cabeza, hizo un medio gesto de desaprobación al ver mi desenfadado peinado y la falta de maquillaje.

—Es una casa grande para una mujer soltera —murmuró con sus ojos fríos escrutando mi rostro. *Cavernícola*, pensé.

—Tengo muchos libros —respondí con una sonrisa tan fría como su expresión.

—Estoy seguro de que una mujer tan hermosa muy pronto encontrará un esposo —completó, ella bajó los hombros compungida pero sin ganas de responder, parecía haberse rendido a reñirle.

—Creo que prefiero un Golden Retriever —dije con una media carcajada, la expresión del tipo cambió por un instante, su esposa me miró con miedo, rápido se controló de nuevo.

—Bueno, esperamos que se adapte bien al vecindario —dijo él

recuperando su falsa sonrisa.

—Hasta luego —dije dando un paso hacia la puerta—. Gracias por la tarta Madeleine.

—Con gusto —respondió ella en la misma voz sumisa.

Una vez se marcharon entré. 1962 y aún hay idiotas que creen que las mujeres son solo máquinas de limpieza y criadoras de hijos, respiré profundo sofocando la ira.

Me puse la bata del pijama y me fui a la cama pocas horas después, di vueltas sin poder conciliar el sueño. Me levanté a buscar algo de agua fría. Dejé las luces apagadas mientras me bebía un vaso de agua en la encimera de la cocina.
Alguien me agarró del cuello y me puso un paño sobre la nariz, sentí el horrible olor que me quemó la nariz, medio grité y me rebatí sin muchas fuerzas, me desvanecí a los pocos segundos.

Me quedé callada todo el tiempo que estuve en el apretado maletero, apestaba a lejía, mis manos estaban amarradas con una cuerda apretada, mis pies desnudos estaban libres. Oí la melodía de de una de las canciones de Elvis que menos me gustaban, y la voz molesta de William desentonar con ella.
El auto se detuvo, una linterna me encegueció por un instante.

—Sal despacio —dijo con una voz algo tétrica, sentí el frío metal contra mi cuello.

Me moví despacio hasta salir del auto, sentí la tierra húmeda y pegajosa bajo mis dedos, el sonido de un búho a lo lejos, el inconfundible olor del bosque, se colgó la linterna en su hombro.

—Si intentas huir te degollaré, ¿entiendes?

Me reí, alto y fuerte sin poderlo evitar, me miró confundido, con un movimiento rápido de muñecas rompí las cuerdas como si fueran papel, apenas había podido soportar fingir que había logrado noquearme con su tonto cloroformo.
Se quedó paralizado por un instante y después trató de apuñalarme, le

quité el cuchillo con ridícula facilidad, para mi diversión lo doblé frente a él y lo tiré a sus pies, jadeó.

—¿Qué demonios? —su voz sonaba ahogada, sus ojos ya no estaban fríos sino abiertos de pánico.

Me quité los lentes de contacto y lo miré, gritó al ver mis ojos rojos, tropezó con sus propios pies y trató de huir, lo agarré por el cuello levantándolo del piso, bien podía pesar 1 kilo, no era nada para mi.

—Dime, ¿Qué se siente ser la presa? —sonreí enseñándole mis grandes y blancos colmillos, gritó, me reí.
Me gustaba verlo sufrir, se lo merecía, lo que yo le haría no era nada en comparación a lo que él había hecho.
Intentó patearme, lo tiré con casi toda mi fuerza haciéndolo volar varios metros, antes de que pudiera ponerse en pie le retorcí ambos brazos a su espalda partiéndole varios huesos, aulló de dolor.

—¡Pero qué llorón! —dije entre risas.

—¡Maldita perra! —gritó.
Lo levanté por el cuello de nuevo, la linterna en el suelo apuntaba hacia mi, eso era bueno quería que viera lo que iba a pasar, me miró aterrado, podía imaginar como me vería de graciosa con mi pijama azul de boleros, despeinada y sin ocultar al monstruo que vivía en mi y mantenía encerrado la mayor parte del tiempo. Hoy ni siquiera estaba intentando contenerme, la adrenalina en mis venas me tenía eufórica y hambrienta.

—Por favor —rogó.

—Los más cobardes de tu especie siempre son los mas malvados —dije, el bastardo temblaba como una hoja.

—Déjame ir —gritó entre lloriqueos. No pude evitar reírme de nuevo.

—¿Cuántas de las chicas que has matado dijeron eso? —siseé enojada al recordar cómo había atado cabos que los zoquetes policías pasaron por alto. Más de 12 mujeres jóvenes desaparecidas, todas solteras, todas con las mismas señales de tortura. La ira me recorrió todo el cuerpo al

recordar con claridad las horribles heridas en los cuerpos de las indefensas chicas.
Perdí el control y lo mordí con fuerza en la yugular, lo dejé seco en menos de dos minutos, me arrepentí de no haber logrado contenerme lo suficiente para hacerlo sufrir un poco más, pero bueno, ¿Qué más daba?

Toqué el timbre de la casa azul con una sonrisa, en mis manos la refractaria de vidrio limpia. Madeleine me abrió la puerta, sus manos temblaban y tenía una fina capa de sudor en su frente, pese a eso estaba perfectamente arreglada.

—¿Te sientes bien? —pregunté con toda la inocencia que pude fingir.

—Mi... Mi esposo se fue —dijo con voz ahogada.

—Me dejó, dijo que yo no era una buena esposa —miró hacía la mesa de café donde estaba la nota cruel que odié escribir, pero que había sido necesaria.

—Cuánto lo siento —dije tomando sus manos.

—¿Y ahora que haré?, los niños, la casa.... No puedo... No puedo —la atrapé antes de que cayera de rodillas al suelo.
Maldito infeliz, había destruido su autoestima. No le había bastado con destruir todas esas pobres mujeres indefensas. Deseé poderlo revivir para matarlo de nuevo.

—Estarás bien —dije apretando sus hombros con cuidado, hipó.

—Mírame —dije, sus ojos vidriosos y llenos de lagrimas me traspasaron.

—Todo saldrá bien —su rostro se quedó en blanco ante mi hipnosis. Su voluntad quedó enteramente a mi merced, pero era por una buena causa.

—Tu sacarás tus hijos adelante, no lo necesitas.

—El no valía la pena, tu eres una mujer hermosa y capaz —continué con

algo más de fuerza, paró de hipar, la dejé ir.

—Todo estará bien —repetí, parpadeó algo confundida.

—¿Qué haré para conseguir dinero? —dijo más sosegada, le ofrecí un pañuelo.

—Bueno, haces unos pasteles increíbles —me miró sorprendida.

—¿Quién no ama un buen pastel? —pregunté con una sonrisa, me correspondió con una sonrisa auténtica.

—Todos aman el pastel —dijo con voz viva.